

# ATHENEAE

ORGANO DEL  
ATENEEO DE COSTA RICA

Núm. 12

Tomo II

SAN JOSÉ  
COSTA RICA

1919

**30 Cts.**

TIP. TREJOS HNOS.

**LIBRERIA ESPAÑOLA, IMPRENTA, ENCUADERNACION Y FABRICA DE SELLOS DE HULE**  
**de doña MARIA v. de LINES**  
 Instalada de nuevo a su antiguo local

Acaba de recibir seis preciosas novelas a cual más interesante:

SIN DOTE	por Pierre Maël	1 tomo rústica	¢ 2.00	por correo	¢ 2.15
LA PIMPINELA ESCARLATA	» Baronesa de Orczy	1 » »	2.00 » »	» »	2.20
ORO ESCONDIDO	» Salvador Farina	1 » »	1.75 » »	» »	1.90
NOBLESA AMERICANA	» Pierre Coulevain	1 » »	3.50 » »	» »	3.70
EL EMBOSCADO	» Paul Margueritte	1 » »	2.00 » »	» »	2.20
MARE NOSTRUM	» V. Blasco Ibañez	1 » »	3.50 » »	» »	3.75

Visite Ud. la librería y verá los artículos japoneses que acaban de llegar

**PUROS FILIPINOS** de las más afamadas fábricas de Manila

**SHOYU KIKKOMAN** salsa japonesa para las comidas

**SAKEFUKI** delicioso licor popular japonés

Canastillas, Petates, Pantuflas japoneses de todo estilo

**LA MARINA**

**EDUARDO CASTRO SABORIO**

APARTADO 979

TELEFONO 584

**EMPRESA M. POLINI**

ESTABLECIDA EN 1900

La primera que introdujo al país, como gran mejora, carruajes finos con yantas de hule.—Los primeros automóviles que corrieron en San José fueron traídos por esta casa.—Modernos landós de lujo con libreas y uniformes aquí se estrenaron.—La mejor Funeraria con hermosos caballos, valiosas carrozas, adornos morados y cajas de todos colores, novedades que no se conocían en el país traídas expresamente para imponer el adelanto de la capital.

Teléfono 14 \*\*\* 150 varas al Sur del Mercado

LA MAS BARATA \* LA MEJOR SURTIDA

LIBRERIA **TORMO** LIBRERIA

AVENIDA CENTRAL, FRENTE AL BANCO MERCANTIL

TOMO II

# ATHENEA

No. 12

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

Directores: ROGELIO SOTELA y J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

La correspondencia dirijase a los Directores

Luis Dobles Segreda

(Cuentos)



## Los cuentos de Luis Dobles Segreda

*Siempre que leemos de algún escritor genial una página hermosa, sobre todo si se refiere a sucesos corrientes de la vida, se nos viene a los labios esta pregunta, que nos hacemos con naturalidad candorosa:—¿Por qué no se me había ocurrido a mí escribir eso, si yo mismo lo he visto tantas veces?—Si, es verdad: lo habíamos visto, pero no lo habíamos sentido; y no es en el acto de ver, que es función puramente mecánica, sino en el de sentir la vibración íntima y honda de lo que vemos, en donde está el secreto de los altos y luminosos pensamientos.*

*La pregunta aquella me ha venido siempre a la mente cada vez que he leído, pongo por caso, los sugestivos y primorosos escritos de Carmen Lira, y ahora mismo se me está ocurriendo con los geniales cuentos de Luis Dobles Segreda, que en borrador tengo en este momento en mis manos. ¿Por qué no había escrito yo algo de esto tan sencillo y tan bello, si lo he estado viendo todos los días? Ah! verlo sí, pero era preciso que Dobles Segreda lo contara, para que yo sintiese esta fruición gratisísima que en mí estaba como dormida, y que han venido a despertar esas líneas trazadas por aquella pluma gallarda y exquisita.*

*Y es porque estos escritores nombrados, y otros no muchos, de su estirpe intelectual entre nosotros, miran marchar la corriente de la vida con los ojos sutiles del espíritu, en tanto que nosotros, los del montón humano, la vemos discurrir solamente con los ojos bovinos de la cara. Aquellos son como expertos mineros, que encuentran gemas brillantes y ricas en el acervo constantemente movido y renovado de los sucesos humanos, y en el cual el común de las gentes no vemos sino marga vulgar o inútil cascajo. Son psicólogos, para quienes todo ser lleva dentro de su seno un arpa, cuyas cuerdas tocan ellos con sus dedos de artistas, y les hacen producir las vibraciones del sentimiento o las melodías de la idea.*

*Ahí va, pues, uno de estos delicados artistas. ATHENEA presenta hoy a sus lectores algunos de los cuentos de Luis Dobles Segreda, no escogidos por cierto, sino tomados al azar del voluminoso legajo que actualmente en mis manos tengo. Quienes los leyeren no dejarán seguramente de sentir, como he sentido yo, las más agradables emociones del espíritu.*

# No te hace nada el Diablo

A Hilda Montejo

—No seas coqueta, Nelly, Nellyta. Mira que voy a ponerme brava.

Deja de verte tanto al espejo. ¡Va ya una manía de muchachita!

Lo decía una mamá joven, graciosa, pero vestida de luto y triste. Lo decía a una linda chiquitina de tres años, que había tomado la rara manía de mirarse en un pedacillo de espejo.

Y esta chiquilla, con timidez, con encanto, respondía.

—Es que la quiero mucho.

No la oyó mamá.

—Mira, mi linda, una vez una chiquita como tú se miraba mucho al espejo y un día, sabes?, vió al diablo.

—No digas eso, mamá... que me da miedo.

Habían pasado <sup>\*\*\*</sup> días. Nelly, de cuando en cuando, sacaba el pedacillo de espejo, y como quien comete pecado, con disimulo, con miedo, se miraba en él.

Papá se puso en autos.

Papá trató de convencer a aquella cabecilla de pájaro rubia, y olorosa.

—Esa coquetería no me gusta, Nelly, sabes? No te van a querer más las amigas.

—¿Coquetería?

Qué sabía ella lo que era eso... Coquetería...?

—Papá, qué es coquetería?

—Lo que haces tú, estar siempre frente a ese pedazo de espejo.

—Y es malo?

—Sí, muy malo. un día, cuando menos te pienses, vas a ver al diablo con rabo y todo.

—No, papá.

Y la chiquilla se acomodaba en las rodillas de papá como para defenderse contra el Diablo.

—Es que la quiero mucho.

—Pero no seas tonta, mi linda, deja eso. Mira: tú tienes otro espejo mejor... quieres verlo?

—Sí, sí, dónde está?

—Pues oye, bésame.

Bueno, gracias, ya está, monilla, ya no más.

—Y el espejo?

—Mírate aquí en mis ojos. Acércate más... Te ves?

—Sí, chiquitilla, chiquitilla...

—Ese es tu espejo, lo quieres?

—Te quedas ciego...?

\*\*\*

Después.

—Papá, Marta se había visto así... en tus ojos?

Papá estaba herido por el recuerdo punzador.

¡Marta, Marta...! Ustedes no la conocieron? Otro gorrioncillo, un año más que Nelly. Tan buena y tan linda como Nelly. Se parecían como dos gotas de agua.

Quince días que había muerto, allí, en aquella camita. En aquella que quedó vacía en el otro cuarto. Fragante, tibia, como esperándola.

Nelly volvía a mirarse al espejo aprovechando la tristeza de papá.

—Ves, chiquilla, no me haces caso...

—Bueno, papá, tómallo, ya está, te obedezco. Pero me dejas verla algunas veces?

—Verla?

—Sí, es que la quiero mucho.

—No te entiendo.

—Sí, mírala, mírala.

Y le ponía el espejo frente a los ojos.

—No la ves, papá?

—Pero qué estás diciendo, gorgojo?

—No la ves?... Tan linda! Se pone, como siempre, un vestido igual al mío. Pero... no sé cómo es eso... mira, ahora tiene la bata lila, vén y verás como está colgada allí en el ropero de mamá. Tendrá otra en el Cielo?

—Pero qué estás diciendo? Qué es todo eso?

—No la viste, papá? Es Marta. Mi-

ra qué linda. Si me río, se rie también.

—Pero tontilla...

—Cuando nos diste el espejito para las dos, ella se miraba de este lado, yo del otro. Después... cuando murió... yo lo partí y mira, me guardé el lado en que ella estaba.

Qué bien está!

Ah! pero te has puesto triste?

—Cállate, Nelly. No digas tonterías.

—Bueno, no te enojés conmigo, dame otro beso, papá, ya no la vuelvo a ver. Toma, guárdalo tú, aquí te lo echo en el bolsillo... A ti no te hace nada el Diabolo.

## ¡Bravo Rubín!

*A doña Estila de Dávila respetuosamente*

—¡Bravo Rubín! ¡Bravo Rubín!

Decididamente no echó el mundo a rodar otro hombre más gracioso que Rubín. No tiene el mar, con ser mar, más sal que este muchacho que hace furor todas las noches en la arena del circo.

Desde que asoma su cara pintarrajeada y hace la primera mueca hay que prepararse para dar suelta a la risa.

No sé qué diablos tiene metidos entre el cuerpo este payaso, pero verle no más es sentir un cosquilleo y desternillarse.

—¡Bravo Rubín! ¡Bravo Rubín!

Esta noche estaba feliz.

Temprano corrió la noticia de que no saldría porque tenía algún inconveniente. Pero el público gritó y se impuso. Qué le importan los inconvenientes de un payaso?

Si no trabaja Rubín no va nadie.

—Lo exige el público Rubín, tienes que trabajar.

—Pero señor...

—Te debes al público.

El pobrecillo puso a un lado su pena y se echó en manos de aquel monstruo policéfalo para que lo devorase a aplausos.

Hizo bien. Estaba feliz. Un gesto no más, una palabra, y de todas las

bocas salían las risotadas aporreando el aire con un batir de alas.

—¡Bravo Rubín! ¡Bravo Rubín!

Y él bailaba, hacia muecas y disparaba chistes punzantes como alfileres.

La murga cantaba en los cobres a todo pulmón y el público reía.

Era un rey.

Aquel monstruo de mil ojos pendía del menor de sus gestos y obedecía imbécilmente, con esa obediencia gigante de marea o con esa obediencia inconciente, de niño, que tienen las masas.

—¡Bravo Rubín! ¡Bravo Rubín!

Ya se había por fin colado en la tiendecilla donde viven las gentes de la troupe.

Afuera se oía estruendoso el mar de risas, de aplausos, de gritos.

Bajo aquella carpacha era un grotesco contraste la decoración.

Rubín se había transformado. Inmóvil, como idiota, como clavado por el dolor, miraba tristemente el cuerpo de una mujer flaca, amarilla, tendida en un jergón, sobre la hierba de la plazuela.

Aquella boca del payaso, siempre dispuesta a hacer reír, se contraía con una mueca de amargura que llamaba lágrimas hasta los ojos húmedos del muchacho.

Rubín se inclinó devotamente sobre la pobre enferma, aletargada por el incendio de la fiebre y besó la frente blanca.

Sus labios, pintados de carmín, dejaron sobre la página blanca un sello rojo. Un arco de sangre sobre la frente anémica.

Los párpados de la mujer se entreabrieron y una pupila tarda buscó en torno.

—Eres tú, Rubín?

—Sí, mamá, cómo se siente ahora?

—Muy mal, hijito.

—Pobrecita!

—Hace un momento deliraba, tenía una pesadilla... que me besaba el diablo y me ardían sus besos de fuego como un hierro candente.

—La fiebre, mamá. Arrópanse mejor, así.

—Ya pasó la función?

—Todavía no. Oye el ruido?

—Sí, pero no me inquieta. Trabajaste bien?

—Mejor que nunca.

—Pobrecillo! Qué dicha! Pero te están -pidiendo.... oyes? Te piden, Rubín.

—¡Bravo Rubín! ¡Bravo Rubín! ¡Qué salga el payaso! ¡Fuera Rubín!

—Anda, hijito, anda, hay que agradecerlo.

\* \* \*

El muchacho cerró el puño con crispación terrible, saltó al circo y encarándose con el público lanzó un formidable grito de desesperación.

—Bandidos...!

Era la suya una mueca salvaje, fúnebre, suprema.

Quería protestar, insultar de veras; a todos, a cualquiera, y mordía su dolor como un perro rabioso.

El público reía a más no poder.

—¡Otro Rubín! ¡Otro!

Y en la carpacha de atrás sonaba aquel mar de risa como una tempestad.

## Los zapatos de Maruja

—¡Qué lindos son!

—Pero es cosa de mucha plata, Marujilla, eso es para los ricos.

—Talvez no, mamá, nada tiene que pregunte. Preguntamos?

—Para qué? Ya verás.

—Por curiosidad. Quieres? Pregunto?

Y la chiquilla ha entrado corrientito y llena de alegría a la tienda. Se ha parado frente al mostrador y ha preguntado.

—Cuánto valen esos zapatitos de la ventana?

—Los de puntera de charol?

—Sí, éstos?

Y los ha señalado con el dedillo tembloroso y la respiración contenida.

Luego ha salido despacio y llena de tristeza.

—Diez colones, mamá, qué te parece?

—Diez colones...!! si yo te lo dije. Eso es cosa de ricos.

—¡Tan lindos!

—Pero muy caros.

Las dos los han mirado con una triste mirada, llena de silencio y de melancolía.

Al rato, Marujilla y la mamá han seguido a lo largo de la calle para buscar el oficio en la fábrica de fideos.

Allí se quedan en la ventana los dos lindos zapatillos con puntera de charol.

\* \* \*

Uds. no los han visto?

Es que Uds. no se fijan en nada. Lindos los zapatitos con la puntera

de un charol que parece espejo de puro brillante. La parte de arriba es toda de un género gris a cuadros negros y tiene botones de vidrio color de esmeralda.

¡Una lindura! ¡Una monería!

Uds. no los han visto? Es que Uds. no se fijan en nada.

—Sabes quién tiene unos parecidos, mamá?

—No recuerdo.

—Amalia, la hija de don Basilio.

—Ya ves, sólo los ricos.

Y allí están los zapatillos en la vitrina, esperando el par de piesecitos menudos que habrá de ocuparlos, para echarse a lucir por esas calles de Dios.

¡Qué felices van a sentirse esos dos pies con aquellos zapatos tan lindos!

Marujilla sabía que los suyos no serían esos pies. ¡Tontera pensarlo!

—¡Diez colones! Una barbaridad, esa gente piensa que uno es millonario.

Muchas veces pasó frente a la ventana y los miró fijamente, largamente. Pero siempre, al alzar los ojillos, daban los pobres con un maldito cartón, muy bien escrito, que decía: Diez colones.

Lo habían puesto en letras gordas después que ella preguntó, como para que no volviera a pensar en eso.

¡Es tontera! ¡Son cosas de los ricos!

Y los pies de Maruja, avergonzados, se iban otra vez tras de mamá, camino de la fábrica, sonando por la acera los rotos zapatos ordinarios que hacía mucho le regalara Cornelia la vecinita de al lado.

—Sabes cuántos botones tienen, mamá?

—Siete.

—No, son sólo seis.

—No los conté.

—Yo sí... A qué no sabes otra cosa?

—Qué será?

—Que tienen también de charol la fajita de atrás, la que oculta la costura.

—No me había fijado.

—Es que de fuera no se puede ver ese detalle, porque están vueltos de punta. Yo lo sé porque los he mirado por detrás.

—Curiosilla!

—¡Diez colones! Es una barbaridad, pero sabes? Tienen la suela pintada también de negro, como si no fuera a ponerse en el suelo y además dibujada con estrellitas.

Era cierto. La chiquilla los había mirado de tal manera que pudiera decirse que se los sabía de memoria.

Natillos, altos de caña, de género gris a cuadros negros, con seis botones de vidrio color de esmeralda, con puntera de charol. Ella conocía todos los detalles.

¡Son muy lindos!

\* \*

Mamá había dicho.

—Si Dios quiere te los compro para Semana Santa.

—Qué dices?

—Que si Dios quiere...

Y Marujilla vuelta una loca saltaba sobre los regazos de su mamá y la llenaba de besos.

—Si se puede los estrenas el Domingo de Ramos.

—¡Qué linda me voy a ver con ellos!

\* \*

Allá, en la escuela todo el mundo estaba enterado.

Ahora a una amiga, después a otra, Marujilla les hablaba a todas de los lindos zapatitos y llevaba compañeritas a verlos.

Hortensia Jiménez había dicho.

—No me gustan, es muy chata la punta.

Hortensia Jiménez es una orgullosa. ¡Chata la punta! Es una majadería. Así son más bonitos. ¡Chata la punta!

Maruja se había puesto seria como si la hubiesen ofendido.

La maestra lo sabía también.

—Te los van a comprar para el Domingo de Ramos?

—Sí, si Dios quiere.

Maruja creía que todo el mundo estaba preocupado por aquella pa-



reja de zapatos.

¡Son tan lindos! A todos les hablaba de ellos como de cosa importante y de actualidad.

Pero hay que disculparla, la cabcita de Maruja pensaba que todo el mundo no se ocupaba más que de los zapatillos.

Hasta andaba más derechilla con su cuerpo flacucho, como para darse importancia.

Se veía a las claras que al decir Adiós a las personas iba diciendo por dentro.

—Yo soy la que los va a comprar.

Ya la verían a ella con su palma bendita y su enagueta blanca ir a encontrar al Señor del Triunfo sonando por las aceras aquellos lindos zapatitos.

¡Cinco colones en cada pie!

Había que cuidarlos mucho. Valían un capital.

\* \* \*

Pero como Dios sabe lo que hace y hay que conformarse con la voluntad de Dios...

—Qué pasó?

—Nada. Pues que llegó el Domingo de Ramos y Marujilla con sus zapatos rotos, los que le había regalado antes Cornelia, fué a coger palma bendita, toda entristecida, mientras los zapatillos de charol seguían allí, tras el cristal de la tienda, con un gesto de ironía, mirándola pasar por la calle.

—Pero y mamá no dijo que si Dios quiere?

—Sí, pero no quiso.

Papá ha caído enfermo. Uds. no lo sabían?

El pobrecito fué llevado a la cárcel en la última semana y de allí lo sacaron para curarlo.

Allí está el pobre encaramado en la cama, y toda la plata, lista y guardada para los zapatitos, ha ido cayendo en la gaveta del boticario.

¡Hay que curarlo! ¡Está claro!

Pobre papá.

Marujita está tranquila.

Ha dado la explicación a sus amigos de la escuela.

—Es por la enfermedad de papá, pero mamá dice que los compraremos para el Corpus.

—Para Corpus? \* \* \*

—Sí, el Corpus es en junio. El seis de junio.

Ella tiene allí un almanaque donde dice en tinta roja: Corpus Christi. Muchas noches ha sacado la cuenta con los dedos: faltan sesenta y siete días. ¡Eso se va en un suspiro!

Ahora faltan sólo sesenta. Se han pasado siete días sin sentirlo. ¡Ahorita es el Corpus!

—Bueno y papá?

—Ah! Ya está bueno. Si fué cosa de pocos días. Se había juntado con unos perdidos y como es tan torcido le rompieron la cabeza con un palo. Pero ya está bueno. El ácido fénico, la gasa, el algodón, el agua oxigenada. Todo eso cuesta un dineral. Se había tragado la plata de los zapatillos, pero ya papá estaba bueno.

\* \* \*

Ya llegó el Corpus.

Sí, hoy es cinco de junio, no cabe duda de que mañana será seis, es decir el día de Corpus.

—Maruja, Maruja...

—Ya voy, mamita.

—A qué no sabes lo que te traigo aquí?

—Los zapatos?

—¡Los zapatos!

Los han desenvuelto en un decir amén y allí están los lindos zapatitos en la cama de Maruja.

¡Ya llegaron!

Ya no se pueden escapar de que estos pies de Maruja los ocupen. Quieras que no irán mañana a ver altas con ella.

Pero no tengan ninguna pena los zapatitos. Maruja es pobre, pero es una chiquilla muy buena.

Sobre todo en este tiempo atrás se ha portado muy bien. Mamá le ha dicho que los compraría si se portaba bien y ella ha estado hace tiempos como una santica.

Donde la ven, tan chiquitina, y está confesada. No puede comulgar porque está muy chiquitilla todavía, pero se confesó. No le ha quedado un pecado en la conciencia por más que registren.

Si no fuera eso ya les habría echado siquiera un ajo a estos zapatillos orgullosos que ha costado que vengan, como nadie hubiera creído.

¡Pero ya están aquí! Ahora más bien les pasa suavemente la mano y los soba y les besa la puntilla de charol como si fueran cosa de carne y hueso.

¡Tontilla!

Ya irá después a asomarlos a la escuela para que se llenen de admiración las niñas.

Pero no. A la escuela no, se los pueden romper.

Estos zapatos estarán guardaditos en el armario de mamá entre semana y saldrán a la calle, a pasear, los domingos.

¡Claro! ¡Cuestan un capital!

Sí, sólo los domingos. Las amigas que quieran que vengan a verlos a casa, bien vale la pena hacer una visita para ver los zapatillos de Maruja.

\*  
\*  
\*

Mamá ha comenzado a aleccionarla.

— Es preciso cuidarlos mucho.

— Claro! Mira, yo los guardaré entre semana y los mantendré limpios para que no se rompa el charol.

— Procura no meterte en los pozos, si se humedecen se desclavan muy pronto.

— Meterme en los pozos? Con estos zapatos? Ni pienses eso, mamá. ¡Dios me libre!

— Y no andes rastrillando los pies, eso es muy feo.

— Y además se gasta la suela muy ligero.

— Ni corras en la calle.

— ¡Dios guarde! Las piedras me romperían el charol. Mira, voy a andar como una señora, muy despacio, con mucha seriedad.

— Sí, como persona formal.

— Naturalmente. Cuestan tan caro y son tan lindos.

No tengas cuidado, mamá.

\*  
\*  
\*

Papá ha vuelto esta tarde a casa.

— Viste mis zapatitos, papá?

— Cuáles?

— Mira, mira qué lindos! Los ha comprado mamá, mañana voy a sacarlos a estrenar.

Papá ha mirado con indiferencia. Un poco idiotizado por la embriaguez, ni ha visto los zapatos.

— Pero miralos, papá, miralos, son preciosos.

Papá ha querido cogerlos de debajo de la cama donde se asoman los pícaros, pero casi se clava de cabeza.

— Pobre Federico, ha dicho mamá para que la nena no lo note, has quedado muy débil desde la herida.

— Te gustan?

— Sí me gustan, hija.

— Dame entonces un beso para dormirme.

Papá se acerca a la cama y besa a Maruja.

— Qué es éso? Hueles a aguardiente?

— Eh?

— No seas tonta, Maruja, ha dicho mamá, es a alcohol de quemar, no ves que todavía, de cuando en cuando le duele la cabeza y hay que ponerle paños?

— Es claro. ¡Alcohol de quemar!

Papá ha ido a acostarse tambaleándose. Maruja también se ha dormido ya. Mamá sigue en la máquina cosiendo un trajecito que ha de entregar mañana.

Allí está, cose que cose.

\*  
\*  
\*

Qué estará soñando Marujilla?

Dormida parece un ángel.

Pobrecita, talvez está soñando con ir mañana a sonar los zapatillos en el mosaico del Carmen.

Dios te bendiga, chiquilla. ¡Qué bien te han quedado! Mañana saldrás a pasearlos con mucho cuidado, ya lo sabes.

Mamá dice todo ésto queditillo para

no despertarla pero como si realmente la estuviese oyendo.

Ha amanecido el día de Corpus.

La voz de Marujilla asustada y llorosa llama.

—Mamá, mamá.

—Qué dices?

—Mis zapatos? Tú los alzaste?

—No. Yo no.

—Papá, tú los tienes?

—Los tienes, Federico?

—Papá?

Papá Federico no está en casa, ha salido muy temprano.

Las dos se han puesto a buscar. Busca aquí, busca allá.

Nada. No parecen ni vivos ni muertos.

—Es una cosa extraña. ¡Si aquí los dejé anoche!

La madre ha comprendido.

—Anda a traer pan, Maruja, yo te los busco mientras tanto.

—Pero me los encuentras, mamá.

Ha salido disparada a la panadería. Disparada porque tiene que venir pronto para seguir buscando.

Mamá está desesperada.

Ha envuelto su viejo pañolón en un periódico.

Maruja vuelve a casa pálida, agitada, sin el pan.

—Mamá, mamá.

—Qué pasa, Maruja?

—Se los han robado...

—Cómo?

—Sí, ven a verlos, corre! Allí están, los he visto! Los tiene en la ventana don Justo, el que vende cosas viejas... Se los ha robado sin duda, voy a llamar un policía.

—Quédate aquí tú, voy a hablarle yo, déjame ir sola.

Mamá ha salido con el pañolón envuelto, bajo el brazo, para la casa de empeños, la casa de don Justo.

Han vuelto al fin los zapatillos.

—Aquí están, míralos. Ya le di su buena pasada a ese viejo.

—Viejo ladrón!

—No le vayas a decir nada, Maruja, ya eso está arreglado.

Papá ha vuelto a casa para pedir su café.

—Sabes, papá, me los habían robado. Mira que pillo! Don Justo me los robó anoche. Seguro se entró por la tapia.

—Hombre, qué malo.

Papá se ha alzado de hombros como un idiota, su voz aguardentosa forma grosero contraste con la vocécita asustada de la chiquilla.

Marujilla se acerca a papá.

—Mira, los voy a seguir escondiendo para que no me los roben,

—Haces bien.

—Sabes donde? Te lo voy a decir en el oído para que nadie se entere debajo del colchón, sabes?

## X Rosas de Alejandría

—Oye, Marinita, no piensas dejar sola a esa chiquilla? No me gusta que gastes tanta confianza con ella.

—Pero no ves, mamá, que la pobrecilla está tan enferma. Se pasa tosiendo y con una calentura terrible.

—Y tú quieres convertirte en enfermera, como si fueras una sirvienta?

—Y quién otra podría hacerlo en casa? Delna seguramente no querrá por que me ha dicho que le tiene mucho asco. Bertha, con tanta tarea que le dan en la escuela, tampoco puede y tú no tienes tiempo.

—Pero te has imaginado que estamos en la obligación de hacerlo? Para eso están las sirvientes.

—La descuidan mucho y no la quieren, Sofía le ha jalado el pelo por que no tomaba el purgante. Yo se lo dí entonces y lo tomé.

—Pero crees que hace muy bien una niña de tu clase en ponerse todo el día a cuidar a esa chiquilla astrosa?

—Tengo poco qué hacer, mamá, y el tiempo que me sobra se lo regalo.

—Aunque estés desocupada, Marina, porqué no te ponés a leer?

—Si leo. Para alegrarla le he leído todos los cuentos de «Las Tardes de la Granja» y ahora hemos comenzado el «Corazón» que me dió papá.

La pobrecita se pasa tan sola y tan triste que le tengo lástima. A veces se duerme oyéndome leer.

—Acaso es hermana tuya, Marina. Eres algo de ella?

—Sí, soy su amiga.

—Amiga de esa infeliz?

—Es tan buena, mamá, vieras cómo te quiere. Es tan agradecida.... cuando le presto mis muñecas se le alegran los ojillos.

Anóche me ha dicho que ella nunca ha tenido muñecas. Dice que el Niño Dios nunca le ha traído nada, verdá que eso es mentira, mamá? ¡No puede ser!

—Seguramente no la conoce.

—Y a mí por qué me conoce?

—Por que yo, cuando rezo, le he hablado de ti.

—Ah!, es cierto. Háblale también de ella, mamá. Y dile que este año le traiga una muñeca bien linda. Te acordarás?

La pobrecita no quiere jugar con las mías, tiene miedo de romperlas. Dice que las ensucia y se limpia bien las manos.

Cuando te oye hablar en la cocina, me las devuelve, cree que te vas a enojar. Me dice que me vaya, que no la acompañe porque a ti no te gusta.

Verdá que no, mamá?

—Claro que me disgusta, no te lo estoy diciendo?

—Pero si está tan mala.... mira, yo creo que se va a morir.

—Dejará de molestar.

—No, mamá, no hables así, tú eres muy buena. Figúrate que yo fuera la enferma.

—Eso es distinto, yo soy tu madre.

—Mamá, pobre Estercilla. No conoció al papá ni a la mamá; no sabe cómo eran. Delna la ha puesto a llorar ayer, le dijo que la mamá era una vieja loca que se murió en la calle.

Verdá que no, mamá? Tú la conociste?

—Sí, fué muy desgraciada, Marinita, una pobre mujer muy desgraciada.

—Yo no lo sabía, pero ya ves.... a quién puede ella contarle todas sus cosas, a quién podría pedirle que la cuide?

¡Pobrecilla! A mí no me disgusta cuidarla.

Me mira con unos ojillos tan agradecidos. Pero es muy tontica: se emperra en no tomar mi leche, dice que le da mucha vergüenza y se pone a llorar por eso.

—Ah! Pero le das también tu leche?

—La mitad nada más, mamá. Mi vaso es muy grande.

Miguel Molina habia oído casi todo este diálogo.

Miguel Molina estaba escribiendo un discurso que habria de leer en el Congreso. El diálogo habia roto el hilo del discurso y el orador parlamentario abandonó el trabajo.

Pausadamente, como quien le da vueltas a una idea, Miguel Molina entró a la salita donde Marina y Eulalia, la joven esposa, hablaban.

—Papá, eres un hombre que no cumple lo que dice.

—Haber, gorgojo.

—Sí, mi verso?

—Cuál verso?

—Se te olvidó? El que me ofreciste.

—Sí, Miguel, dijiste que le darías un verso para que recitara en la escuela. Pero la fiesta es el lunes, cuándo se lo vas a dar?

—Sí, papá el lunes que viene.

—Ah! Ah! Entonces urge aprenderlo pronto. Ven, pajarito, siéntate aquí en mi regazo.

Bueno, formalita, pón mucha atención, que vamos a aprenderlo de una vez.

—Pero es bonito?

—Sí, muy lindo, empieza así:

*A las manos bondadosas  
desde el cielo Dios envía  
el perfume de las rosas  
de la eterna Alejandria.*

—Papá, qué son las rosas de Alejandria?

—Yo soy muy ignorante en materia de rosas. Le quieres preguntar a Eulalia.

Eulalia habia comprendido.

La dulzura de aquel gentil compañero la vencía.

—Tú sabes, mamá, qué son las rosas de Alejandria?

—Sí, ven, corre, ponme la mano aquí.

—Aquí?

—Sí, en el corazón, dile a papá que las has sentido, que ya están floreciendo.

## Maldita Gratitud

*Para Asdrúbal Villalobos*

### I

—Sí, dijo Hernando, rompiendo con melancolía aquel largo silencio.

Sí, realmente es todo una novela. Sólo que no una noveluca romántica a lo Carlota Braeme o a lo «María» de Jorge Isaacs, como tú pretendes, Felipe.

Una deliciosa novela que está pidiendo el corazón de Eugenia Guerin para ser escrita.

—Después de todo, argumentó Felipe Guzmán, siempre he tenido el caso por cosa de clínica.

Hernando Martín sonrió con amargura y se mordía, al sonreír, aquel labio delgado y sensual de hombre nervioso.

—Sí, ya lo sé, para Ustedes, los felices, que no conocen estas recondi-

teces del dolor humano, ni las sospechan, todo se reduce a ser cuerdo, a tener los cinco sentidos en orden y lo que no está conforme al patrón de lo normal, de lo corriente, de lo tonto, es cosa de manicomio.

—Yo no sé exactamente lo que pienso, Hernando, pero en el fondo no puedes negar que ese drama, o tragedia, o comedia, o como tú quieras llamarlo, que soy poco docto en asuntos de escenario...

—No, no. No te lo permito, Felipe, eso me indigna. Estamos hablando sobre una tumba recién cerrada. Aun venimos de echar la última limosna de tierra sobre aquella alma buena y no está bien que hables así.

—Cierto, intervino Julián Alfaro,

cierto, pero no hay por qué disgustarse.

—Sí, hay por qué, Julián; ustedes, estudiantes de medicina, pueden con sus cuchillas despedazar los cuerpos en la antesala de la muerte, pero nunca podrán hacer la autopsia de las almas. Ustedes rastrean con los ojos lo visible, la viscera miserable, pero lo que hay más allá de la carne? Lo que no rompe el escalpelo?

—No te alteres, Hernando, ya sabes que Felipe siempre ha creído que fué un caso de neurastenia.... un desequilibrio....

—Exacto.... Pobre muchacha....

—Pues allí está el error. Ustedes que todo lo analizan con las pinzas en la mano, listas para despedazar, que todo lo miran con el lente del microscopio para afearlo, no pueden saber de estas cosas del corazón.

Si hubieran sido, como yo, testigos de la angustiada existencia de esa mujer, no lo dirían.

Felipe comenzaba a picarse. La crueldad fina salía como una abeja para responder al desprecio con que les hablaba Hernando.

—Sí, yo sé que en la novela tuviste un capítulo inédito....

Hernando enrojeció súbitamente. Se levantó nervioso y se encaró con el amigo.

—Felipe, Felipe Guzmán, una vieja amistad nos une, en nombre de esa amistad te pido que no hables así.

—Está bien, intervino de nuevo Julián, el buen Julián, nosotros médicos y tú poeta.... no lograremos entendernos nunca.

—Dejemos ésto, Felipe. Julián, dejemos ésto.

La paz de la tierra ha caído sobre la dulce Hortensia. Selle un respetuoso silencio nuestro labio y en santa paz descansen. Bien ganada tiene esa paz, ella la pobrecilla que nunca conoció paz sobre su atormentado corazón.

—No, Hernando, entendámonos, tu exaltación es justa, y me apena. Yo he visto el caso de lejos, al través de los comentarios más diversos, sin interés, desde mi balcón de indiferencia

Sospeché sin embargo en ella un alma buena. ¿Hago mal en creer que el pobre cuerpo estaba enfermo de neurastenia?

—Sí, haces mal.... murió de tisis, oyes? De tisis, es malo tu diagnóstico. Ignorante! Murió de tisis, como Margarita Gautier.

—Como no fuí su médico de cabecera.

—Dichosamente....

—Quizá habría hecho algo más por ella que lo que han hecho ustedes.

—No. Nadie podía hacer más. No era posible. Ha sido un suicidio. Ella no quiso curarse. Entiendes? Ni dieta, ni sol, ni medicina....

—Dejadme morir, decía, dejadme morir mis buenos amigos, por qué obstinarse en atarme a la vida, si esta vida me pesa tanto?

Un gesto de satisfacción, casi de triunfo, iluminó el rostro de Felipe.

—Ya ves.... ya ves....

—Ah!, qué miserable te encuentro, Felipe, cuando te digo que fué un suicidio te alegras.... te complace íntimamente. Ya ves.... ya ves...., dices con marcada satisfacción.... Eres muy depravado.

—No, Hernando, no exageres, volvió a intervenir el buen Julián Alfaro, siempre evitando el choque. No exageres, Hernando, a Felipe lo que le satisface no es el hecho en sí, es la confirmación de su tesis.

—Sí, ya lo sé. Hortensia para ustedes no es nadie, es un caso, como ustedes dicen.

—Sí, un paciente.

—No, el paciente soy yo que soporto tanta infamia.

Para ustedes la pobre muerta es uno de tantos casos, un conejo de Indias en que inyectan veneno para experimentar.

Lo que a tí te importa es eso; saber si tienes o no derecho para señalar esa palabra maldita: neurastenia.

—Eres un alma buena, Hernando, pero te alteras y no sabes lo que dices, no hay para qué ofender tanto, me explico tu exaltación, pero....

—Dirás que es otra forma de neurastenia.

—Pero, oye, la conocí tan poco, que no podría afirmar nada, quieres dejármela ver a través de ese espíritu tuyo que la vió de tan cerca? Refiérenos el caso.

—No, si ya lo conocen de sobra. Es una noveluca romántica cualquiera: una pobre muchacha que muere de neurastenia.

—No, de tisis.

—Tú lo has dicho, verdá, Julián?

—Pues me engañé, ni de tisis ni de neurastenia. De nada. Murió porque la vida se le fué sin sentirla, como humo que asciende; porque se abrió el capullo y escapó la mariposa; por que se cansó el corazón y dejó de latir; por que vino el invierno y cogeló la sangre, por que fué de noche y se apagó la chispa.

—De consunción, querrás decir.

—Idiotas! Médicos...!! Sabios...!! es lo mismo.

—Poeta...!! soñador...!! es lo mismo.

—De qué murió por fin?

—De una enfermedad que ustedes no han catalogado todavía, que no han estudiado, que no conocen esos secos corazones, sordos a toda emoción. Murió de amor.

—De amor?

—Rara dolencia!

—Sí, muy rara, ya lo sabía, pero muy común entre los q' ignorantes del cuerpo buscamos siempre el alma.

—Vaya, poeta, dichoso tú, que tienes ese poder.

## II

La discusión languidecía.

Hernando había, por fin, salido de tanta alteración y prometió contar el caso.

El crepúsculo estaba en fuga, era la hora indecisa, solemne, en que la luz se apaga.

A lo lejos se oía la voz de una fuente cantando monótona romanza.

Del vecino campanario llegó la voz de las campanas rezando el ángelus.

Hernando fumaba nerviosamente.

—Pues bien, yo fui su amigo íntimo durante los últimos meses. La pobre

muchacha fué devorada por la tisis, ya lo sabéis, la enfermedad de las almas soñadoras, que mata haciéndonos amar la vida.

—Y amigo también de Eduardo Jiménez?

—Sí, casi su hermano. Desde que regresó el pobre, fui casi su único amigo.

Tanto le había molido el dolor que se recogió dentro de la soledad, una soledad peligrosa. Allí fui a buscarlo. Temía que se desesperase.

—Ahora ha vuelto a Italia?

—Sí, qué le queda ya aquí? Esta tierra, ingrata para él, tragó sus dos únicos fulgores.

—Ah! Pero realmente estaba enamorado de Hortensia?

—Sí, mucho, muy hondamente.

—Entonces?

—Ella no quiso casarse nunca.

—Raro.

—Era una mujer extraña; no tenía nada de común con las corrientes. A ratos pienso que tenéis razón, casi era un caso de manicomio.

—No, poeta...!!

—Bien, os decía que es algo muy curioso.

Don Lucas, el papá de Eduardo, estaba ya muy anciano. Vosotros lo recordais?

—Perfectamente, siempre venía a coger su poquito de sol en las mañanas del parquecillo.

—Vivía con una hermana suya, no es así? La esposa de don Juan Ramírez?

—Exacto. Toda la ilusión del viejo era el regreso de Eduardo.

Siempre que conversábamos era su motivo. Parecía precisado a marcharse de la vida, no esperaba más que ver a Eduardo para morirse.

—Será un médico ilustre, me decía. Seguramente que sí, le llegaban tan buenos informes de la Universidad.

—La muerte no le dió tiempo de verlo?

—Cuando lo llamamos ya no era tiempo. Los pobrecillos no pudieron despedirse. Ni don Lucas le apretó

las manos por última vez, ni Eduardo logró cerrar sus ojos.

—Fué un triste regreso.

—Está de tal manera triste que me creí obligado a sacarle de aquel abatimiento y fui su íntimo amigo.

\* \* \*

Todas las tardes íbamos al Cementerio para visitar a su padre.

Era para él una obsesión. Y aquí viene el principio del misterio.

Ya conocéis el hecho: siempre había flores frescas en la tumba.

Al principio creímos que era su hermana.

—Es mi tía, decía Eduardo, pobre viejita, qué delicado homenaje!

Al tiempo nos dimos cuenta de que no era ella.

Casi no salía, no iba más que a la iglesia. Era una mujer vulgar, incapaz de esta delicadísima constancia.

—Es don Juan, pensamos.

No era don Juan.

La muerte de don Lucas le arrancaba de cuajo la administración de los bienes, que él venía haciendo desde hacía años.

Esto le enfriaba.

El testamento había sido casi por entero a favor de Eduardo. No, no era don Juan.

—Estas flores, decía Eduardo, tienen para mí un bello misterio y me hablan tan hondo al espíritu que amo la mano desconocida que las coloca aquí.

El sepulturero nos había dicho:

—Una señorita pálida, alta, de ojos negros...

Algunos detalles más.

Los dos nos mirábamos sorprendidos.

—Quién puede ser?

Un día espiamos.

Las flores eran puestas en las primeras horas de la mañana.

Al otro día la sorprendimos. Era Hortensia.

Pálida, alta, de ojos negros...

Tenía razón el sepulturero.

Estaba arrodillada frente a la tumba y rezaba. Eduardo palideció y se puso nervioso.

—Dichosa, me dijo, dichosa porque sabe rezar.

La contemplamos en silencio ocultos tras un pequeño mausoleo, como si fuéramos autores de una felonía.

Se levantó, se persignó y salió, con los ojos bajos, a lo largo de la calleja de arenas.

Pasó muy cerca de nosotros pero no nos vió.

—Malditas sean las fórmulas sociales, me dijo Eduardo, yo a ese labio que reza por mi padre, le pagaría la plegaria con un beso.

\* \* \*

—Qué raro es todo ésto!

—Muy raro, Eduardo.

—Qué afecto pudo reunir a esta muchacha con mi padre?

—Es extraño.

—Lo amaba? Era mi viejo capaz de despertar este cariño?

—Sí, muy capaz.

—No, Hernando, un cariño filial sí, un cariño de otra índole sí... pero ésto huele a una pasión amorosa.

—No inventes.

—Sí. Es una última cita romántica.

—No, algún beneficio que le hizo tu padre. Hacía tantas caridades...

—La gratitud es olvidadiza. El amor es el único despierto siempre.

\* \* \*

Después fuimos muy amigos de Hortensia.

No quisimos nunca preguntarle nada de todo aquello y ella jamás se dió por entendida.

Callábamos todos como por consigna.

Las flores seguían constantemente, todas las mañanas, todas.

Nosotros íbamos por las tardes. Eduardo no sabía qué hacer.

—Ella debe comprender que hemos notado la ofrenda, debe sospechar que hemos preguntado, debe saber que sabemos.

—O puede creer que no vamos nunca al Cementerio.

—En todo caso guardemos el encanto de esta poesía inédita.

Mi alma necesita estas gasas de misterio para vestir sus ensueños.

\* \* \*



Pasaron días. Sin saberlo, sin sentirlo, el pobre Eduardo se había ido enamorando de Hortensia.

Alma de poeta, había comenzado a amarla desde el primer momento en que la vimos con las manos juntas rezar frente a la tumba.

Antes, desde que presentimos que algunas manos femeninas llevarían esas flores, amó a la desconocida.

\* \* \*

Un día me lo confesó de plano.

—Sí, la amo con todo el corazón.

Por buena, por delicada, por generosa... por una cosa más... porque la amo.

Yo dudaba.

—Sí, con todo el corazón.

—Y entonces?

—Tengo horror. He roto el misterio. Esta muchacha ha querido a mi padre, estoy seguro, no me cabe duda, ha sido una rara pasión, pero hay pasión.

—Quizá como hija.

—No. Esas flores son de un alma de novia.

—Tonterías.

—Ah, sí, estoy seguro. Mi padre era un alma de niño, blanca, transparente, afectuosa, bien ha podido inspirar esta pasión en otra alma transparente.

—No puede ser.

—Sí, es. Desgraciadamente es. Yo soy rival de mi padre.

—Estás loco.

—No hay locura en ésto, Hernando. Ella no podría amarme. Entre los dos está la sombra de mi padre.

—No delires. Eduardo, estás excitado como si tuvieras fiebre.

Nos fuimos del Cementerio casi anocheciendo.

\* \* \*

Pasaron días.

Vivíamos envueltos en el misterio.

Hortensia estaba enferma. Aquella palidez se acentuaba cada vez más. Amarillaba su piel como las hojas del verano y se hundían los ojos en la violeta de la ojera.

Desde el fondo brillaban más hú-

medos, más dolorosos, como si rogaran.

Caminaba lentamente.

Una tarde de tantas en que íbamos a verla rezar, la tos le acometió.

Sus manos blancas, como palomas místicas, se juntaron con viva fuerza y las venas azules, de un azul melancólico, se miraban a través de la piel casi trasparente.

Íbamos ya a socorrerla, pero ella se levantó temblorosa y se apoyó al mausoleo. Tosió un poco más, luego se fué a lo largo de la calleja enarenada y bordeada de cipreses.

Arrojada en su toalla negra, la blancura de la piel era un bello contraste de dolorosa evocación.

Eduardo enmudeció esa tarde.

Hortensia seguía<sup>\* \* \*</sup> enferma. Aquel día tomó cama.

Las flores no volvieron a embellecer la tumba.

Días después se levantó. Vino en coche al Cementerio y trajo flores.

Eduardo dejó escritas estas palabras en una tarjetilla:

«Manos blancas y buenas. No os conozco, os adivino. Esta ofrenda de flores os la agradezco en el alma. Toda habéis florecido y me habéis hecho florecer, niña de las manos desconocidas».

Al día siguiente hallamos nuevas flores y la tarjeta había sido recogida.

Hortensia de nuevo tenía que tomar cama.

Íbamos a verla y, como a viejos amigos, nos permitían que le llevásemos flores y versos.

Leíamos con ella muchos versos amables.

Quando Eduardo leía, yo miraba aquellos ojos negros, pensadores, cada vez más melancólicos por la enfermedad, pero cada vez más intensos.

Se perdían mirando en la media luz de la estancia, como soñando... como si buscaran las vibraciones de la voz.

Nunca se dió por entendida de la tarjeta.

Un día Eduardo me pidió que lo dejase solo.

Entonces, frente al lecho del dolor, le habló de aquella pasión.

—Estoy muy mala, le respondió, muy mala.

Es una locura todo eso. Ud. es un mozo joven, lleno de vida, yo una pobre muchacha tísica.

—Tísica? No diga usted tonterías que la puede castigar Dios.

—Para qué me lo ocultan? Si ésto no se puede ocultar. Mire, Eduardo, qué blancas mis manos, mire qué azules mis venas.

Mire, Eduardo, estos hermosos brazos de antes, Ud. recuerda...? cómo están descarnados ahora.

—No Hortensia, no hable así, muy pronto pasaremos a la convaleciente por el solcito de la mañana y entonces le diré muchos secretos que la pongan encendida como las rosas.

—Por qué me habla de amor, si ya no puedo amar.

¡Conqué angustia me contó toda esta escena el pobre muchacho!

—No comprendo, decía, la amo, pero tengo horror a que me diga que era la amada de mi padre. Ella no está tísica, es un pretexto cualquiera, verdá, Hernando?

Yo callaba. Los médicos lo habían dicho de manera clara. El mal del siglo, la peste blanca, la emblanquecía.

A aquella <sup>\*\*\*</sup>escena siguieron otras muchas.

Una tarde, otra tarde, otra tarde...

La enferma tomó una vez entre las suyas las manos de Eduardo.

—Me hace tan feliz... tan feliz... Por qué tan tarde, Eduardo?

Se desvaneció después acongojada por la tos.

—Hortensia, qué dice? Si la amo yo también.

—Te amé toda la vida en silencio, pero ya no sé callar más tiempo. Qué

bien me sabe llamarte hoy de tú, me lo perdonas?

—Loquilla!

—Nunca pude decírtelo. Nunca me diste una ocasión, estabas tan ocupado en otras mujeres y vivías tan lejos de mí, aun cuando estabas presente...

—Pero de veras?

—De veras... de veras... Tú no te habías fijado nunca en Hortensia....

—Y por qué llevabas flores a mi padre?

—Ah! Sabías que era yo? Sabías que era yo? Lo sabías, Eduardo?

Se echó a llorar como una loca.

No había manera de consolarla. La tos le ahogaba.

Eduardo la besó entonces en los labios marchitos.

—No, no me beses, ¡no por Dios! que me da miedo. Tú no me has querido nunca... nunca... ni antes, ni ahora....

—Hortensia!

—Te engañas a tí mismo. Tú tienes gratitud... la gratitud no es amor.

Por qué me lo dijiste, Eduardo? Por qué no me engañaste más tiempo? Me hacía la ilusión de que realmente me querías ahora.

—Pero Hortensia...

—Sí, ya sé... no me lo digas... agradecías las flores, agradecías...

—Tenía celos de mi padre.

—Pues le llevaba flores porque... es mi secreto... Eduardo.

—Entrégamelo.

—Le llevaba flores porque una vez me sorprendió llorando frente a un retrato y entonces el pobrecito me dijo lo que nadie me había dicho:

—Chiquilla, lo quieres?

Yo me eché en sus brazos.

—Espéralo, me dijo, él te querrá mucho a su regreso, es tan bueno... Tú serás mi hija.

Y me besó en la frente.

# ALSINA

---

IMPRENTA

LIBRERIA Y PAPELERIA

Inmenso surtido  
de útiles  
para escuelas

Las últimas obras recibidas de América y  
Europa están de venta en la Librería

**“La Express”**

===== Frente a Robert Hermanos =====

# W. R. GRACE & Co.

San Francisco New - York  
New Orleans

Importadores      Exportadores  
Vapores

---

## Agencias

<i>Nicaragua</i>	<i>Cuba</i>	<i>Puerto Rico</i>
<i>Argentina</i>	<i>Italia</i>	<i>Salvador</i>
<i>Venezuela</i>	<i>Japón</i>	<i>Panamá</i>
<i>Jamaica</i>	<i>Brazil</i>	<i>Suecia</i>
<i>Ecuador</i>	<i>Bolivia</i>	<i>China</i>
<i>España</i>	<i>Colombia</i>	<i>Chile</i>
<i>India</i>	<i>Guatemala</i>	<i>Perú</i>

---

**GRACE BROS & Co. Ltd.**

*London & Liverpool*

*Oficina en San José: Pasaje Central*

*Teléfono 796*

*Charles G. Herdman*

*Agente General*